

CAPITULO IX.

Los preliminares de paz.—Leyes extemporáneas.

Mientras ocurrían los sucesos militares del mes de Abril, que acabamos de reseñar en el capítulo anterior, tenían lugar otros acontecimientos de carácter político y de grandísimo interés, que bien á las claras iban demostrando en su desarrollo que el pánico cundiera en las esferas oficiales y que los científicos veían azorados cómo entraba en la agonía su vetusto régimen.

¿Y cómo dudarlo? El gobierno carecía ya de ejército para la ofensiva y aún para la defensiva. El que operaba en Chihuahua, disminuído en la mitad por las bajas y las defecciones, estaba inmovilizado porque los maderistas tenían cortadas todas las vías férreas; los restos de tropas federales diseminados en todo el territorio, apenas sumarían ocho mil hombres, y su concentración era un problema difícil; la guarnición de la capital no ofrecía confianza por su escaso contingente y porque las ideas revolucionarias habían cundido entre la oficialidad de un modo alarmante. Los revolucionarios, por lo contrario, ascendían á cuarenta mil hombres, bien armados y pertrechados, casi en su totalidad, y admirablemente organizados en cuerpos que operaban en sus respectivas zonas.

El ejército mexicano es valiente, sufrido y sobrio, y obedece bastante bien á la ordenanza y á la disciplina, no obstante el pésimo sistema seguido para el reclutamiento que hizo ingresar á las filas á millares los delincuentes de todas clases: pero en las guerras civiles las cualidades morales de la milicia se desvirtúan. El soldado llega á ver con horror una ordenanza que le manda hacer fuego contra sus hermanos, y al pelear, lo hace sin el entusiasmo de una idea que agiganta en cambio el valor del enemigo. En estas condiciones es frecuente ver cómo un ejército regular y disciplinado se ve deshecho y vencido por tropas improvisadas.

No restaba, pues, esperanza alguna al Gobierno, de repeler la fuerza con la fuerza, y los científicos, convencidos de esta triste verdad, acudieron á medios de torpe astucia y de una diplomacia poco hábil y harto pueril. Se propusieron entretener á Madero y sus gentes con armisticios y arreglos de paz, haciéndoles concesiones insignificantes y grandes promesas que jamás cumplirían; mientras llevaba al Congreso proyectos de leyes ridículas, dados los momentos en que se proponían. Empezaron por llamar violentamente á México al señor Limantour, que se hallaba en París desde el mes de Agosto, edificando sobre el hecho de su regreso todo un palacio de ilusiones, que muy pronto debía de venir por tierra. En su delirio creyeron que para un Ministro de Hacienda, que había arreglado la deuda nacional, sería cosa fácil arreglar una revolución que nacional era también. Y el señor Limantour acudió presuroso, cuidando de llenar de autobombos la prensa y las agencias telegráficas que encontraba al paso. Llegó á los Estados Unidos y allí se detuvo muchos días entretenido en hacer declaraciones extemporáneas á los reporters

periodísticos, en las que se hacía aparecer como el salvador de su patria. Según él, traía en su bolsillo un frasco milagroso con el elixir de la paz y de la felicidad.

Mientras tanto en México se le esperaba con impaciencia. El mismo jefe del Gabinete confiaba en las gestiones del señor Limantour, quien al cabo arribó á la capital á últimos de Marzo é inmediatamente se produjo una fuerte crisis ministerial. Seis secretarios renunciaron sus carteras, y fueron los de Relaciones, Justicia, Instrucción Pública, Gobernación, Fomento y Comunicaciones. Es de advertir, que la de Gobernación la desempeñaba el señor Corral, quien al renunciar daba por pretexto tener que cuidar de su quebrantada salud; pero como no renunciaba á la vez la Vicepresidencia, el pretexto resultaba extraño y anodino.

No puede dudarse que este cambio ministerial lo trajo Limantour convenido con el señor de la Barra, Ministro de México en Washington, y acaso aprobado por el Dr. Vázquez Gómez, representante de la revolución maderista en aquella capital, como un medio de demostrar á Madero los deseos del Gobierno de entrar en arreglos con él. Y en efecto: al leader revolucionario tuvo que agradecerle la caída de esos científicos y especialmente la del señor Creel por la calidad del ministerio que desempeñaba, pero más satisfactorio aún le habrá sido el nombramiento del señor de la Barra para substituirle, por las prendas personales de este señor, que le garantizaban manejos honrados en el ministerio, y de la más estricta legalidad.

Juraron el cargo los nuevos Secretarios, que lo fueron: Lic. Francisco L. de la Barra (Relaciones); Lic. Demetrio Sodi (Justicia); Lic. J. Vera Estañol (Ins-



Campamento Revolucionario.—La fiesta nacional del 5 de Mayo.



Coronel D. Abraham González, jefe revolucionario y Gobernador provisional de Chihuahua.

trucción Pública); Ing. M. Marroquín (Fomento) é Ing. Norberto Domínguez (Comunicaciones), quedando sin proveer la cartera de Gobernación, y se tranquilizó D. Porfirio y respiraron los científicos, creyendo haber puesto una pica en Flandes, con ese cambio político.

Prepararon enseguida unos cuantos proyectos de ley, que no eran sino la sanción de los principios de la revolución, y dieron por segura la desbandada de las fuerzas maderistas y afianzada una vez más su permanencia en el poder.

Bien poco duró la confianza. Los sucesos militares de la primera quincena de Abril y la indiferencia con que el señor Madero acogió el cambio ministerial, se la desvanecieron y entonces dieron principio á las negociaciones de paz, de un modo subrepticio y misterioso, cacareando en todas partes que la primera proposición partiera del enemigo. Esto no era verdad, pero el Gobierno no quería aún confesarse vencido.

Las primeras negociaciones las llevó á cabo la propia familia del señor Madero, que al efecto se trasladó al campamento revolucionario, que entonces se hallaba en el Rancho de Bustillos, al noroeste de Chihuahua, pero ningún resultado se obtuvo de esas diligencias, como no fuera el de reunirse la familia del leader, con toda seguridad en el viaje. El fracaso de las negociaciones se supo muy pronto en México, y el Gobierno acudió á otro paliativo: ese mismo día pidió el Vicepresidente, señor Corral, un permiso al Congreso, para ausentarse del país, por ocho meses.

Se vió entonces en la Cámara de Diputados, al discutir esta solicitud, lo que no se viera en el período de veintisiete años de gobierno porfirista. Los dipu-

tados ¡hablaron! ¡discutieron! y hasta hubo algunos como el malogrado señor Batalla, que hostilizaron al gobierno y pidieron que la licencia solicitada por el señor Corral, se trocase en la renuncia de la Vicepresidencia. Fué este uno de los varios milagros ejecutados por el redentor de las libertades mexicanas; fué otra revolución que Madero hizo en el Congreso, tan pujante y victoriosa como la que estaba haciendo en los campos de la República.

Sin embargo, triunfó la mayoría y el señor Corral obtuvo lo que solicitaba y partió para Europa cuatro días después.

Tampoco este recurso, como era de suponer, causó sensación alguna en la opinión; antes bien, la irritó, al ver la insistencia del General Díaz en sostener á Corral contra viento y marea.

Estaba escrito que el mes de Abril había de ser día á día engendro de emociones para el pueblo mexicano. Las noticias de la campaña llenaban de entusiasmo á las masas porque continuamente anunciaban triunfos de los maderistas, y los sucesos de la capital las llenaban de asombro ante aquella obstinada defensa que el bamboleante régimen hacía de sus fueros, el cual, por cierto, no escogía como el gladiador una artística postura para caer. Antes al contrario, sus manotones de ahogado eran ridículos más que trágicos.

Al día siguiente de la inútil determinación de Corral se tuvo el cinismo de presentar al Congreso un proyecto de ley para la no reelección; es decir, que el General Díaz venía á cumplir al cabo de 35 años, el punto capital de su manifiesto de Palo Blanco, declarando así tácitamente la legalidad de la revolución y acusándose á sí mismo de mandatario infiel, por más de un tercio de siglo.

¿Qué se propuso el General con tan inoportuna ley? ¿Desautorizar acaso el movimiento maderista, arrebatándole su propia bandera y haciéndola suya tardamente? Esto ni era honrado, ni político, ni de utilidad alguna para el régimen. Entonar hipócritamente el *mea culpa* y seguir gobernando, era suponer al pueblo, agraviado y ofendido por larguísimos años de dictadura, adornado con la más cándida de las candideces. Era querer tratar á los ciudadanos como los malos educadores á los niños que tras una fuerte dosis de latigazos, procuran acallar su llanto con un dulce.

Aquel claro talento y tacto político que en mejores tiempos demostrara el Gral. Díaz, ó se hallaba atrofiado ó, dominado completamente por los científicos, seguía sus consejos adornados de tan poca ciencia política.

Pero hubo más: otra ley se presentó entonces al Congreso, la última confeccionada por el *gran* hacendista Limantour, que estaba llamada á hacer reír al pueblo y muy especialmente al pueblo levantado en armas en el campo. Por ella se autorizaba al Poder Ejecutivo para *emplear* ocho millones de pesos en combatir la revolución. Se creyó así atemorizar á los revolucionarios, pero no se consiguió, porque nadie dejó de comprender que aquella ley era puramente para autorizar lo ya gastado.

Ninguno de los recursos á que apelaba el Gobierno daba resultado: sin embargo insistía en ellos. Aún propuso al Congreso otra ley, la de libertad de imprenta, pero con tan mala fortuna en su articulado, que resultaba más arbitraria que la vigente. Y así se llegó á la segunda quincena de Abril, en la que se reanudaron las intrigas para tratar la paz con Madero.

Largos y repetidos telegramas se cruzaron entre el

Dr. Vázquez Gómez, de Washington, y el Ministro de Relaciones, señor de la Barra: ambos estaban profundamente interesados en obtener de Madero un armisticio que suspendiese el derramamiento de sangre y permitiese tratar de paz: sus nobles gestiones obtuvieron éxito, pues el día 22 de Abril se acordaba el primero por cinco días, pero comprensivo tan sólo de una pequeña zona, desde Ciudad Juárez hasta Chihuahua. En esos momentos aparecen en escena dos medianeros *oficiosos*, según decían ellos y el Gobierno, pero bien se demostró después que estaban autorizados por D. Porfirio, para tratar la paz. Esos intermediarios fueron los señores Oscar Braniff y el licenciado Esquivel Obregón.

Las gestiones de estos dos caballeros resultaron contraproducentes: ellas alargaron la consecución de la paz que hubiera sido inmediata á tener más habilidad los comisionados y menos adoración por el General Díaz. Cuando el señor Madero les impuso como primera condición, sine qua non, la renuncia del Presidente, la indignación del señor Oscar Braniff no tuvo límites. ¡Cómo! ¿Se atrevía Madero á violar la sagrada autoridad de aquella especie de dios, que les gobernaba? ¿Llegaba su osadía á querer destornar á aquel César por derecho divino? ¿Bien estaba que los ídolos hubieran sido arrojados de los altares de Roma, pero que D. Porfirio descendiese de su trono presidencial. . . . ¡jamás!

Y el señor Madero, con el firme carácter que le distingue, seguro de la justicia de su causa, y seguro de su fuerza, se mantuvo inflexible. ¡La renuncia ó la guerra! fué su ultimatum. Sin embargo, no queriendo humillar al General Díaz, añadió que no se exigía la renuncia inmediata, sino que públicamente manifestase su decisión de renunciar y la fecha en que lo haría.

Mientras duraban estas conferencias, se discutía en el Congreso la ley de no reelección de Presidente, Vicepresidente y gobernadores de Estado, que fué aprobada por una gran mayoría, rechazándose un inciso en el que se prohibía elegir tales autoridades entre los parientes, por consanguinidad de aquellos, dentro del cuarto grado. Esto era monstruoso. Los que durante veintisiete años creyeron lícito reelegirse á si mismos, pretendían ahora alejar de las altas magistraturas hasta á los más remotos deudos de los presidentes y gobernadores: venían á pecar por exceso cuanto habían pecado por defecto. Claro está que la libertad quedaba mal parada con la ley de no reelección, que pertenece á esa clase de leyes que limitan un derecho para garantizar y dejar á salvo todos los demás, pero si parece algo arbitraria refiriéndose tan solo á las personas que ejercen los cargos á la hora de renovarse los poderes, resulta atrozmente tiránica al extenderse á los parientes de aquellas personas. Por ello se ve claramente la intención de los científicos de anular para el gobierno, en un futuro próximo, á los más conspicuos maderistas.

El día 28 terminaba el primer armisticio y se prorrogó por cinco días más á causa de que el Gobierno se había decidido por fin á enviar al Norte comisionados de paz con carácter oficial. Fué encargado de tan delicada misión el Lic. D. Francisco S. Carbajal; asesorado por los mencionados Braniff y Esquivel Obregón.

Al mismo tiempo se hizo regresar de Europa al general Reyes, que se embarcó en el Havre el día 30, rumbo á Veracruz, para ejercer tal vez, cierta presión en el ánimo de Madero y obtener mayores ventajas en el tratado de paz; pero la eficacia de esta determinación también fué nula, porque los maderistas no dieron importancia alguna al viaje del general.

Y en efecto, este militar había perdido las simpatías de la mayor parte de sus amigos políticos. Sus vacilaciones y contradicciones, tan pronto aceptando su candidatura á la Presidencia, como desautorizando á los clubs regionales que la postulaban, hicieron que los más conspicuos reyistas se pasaran á Madero, lo que significaba tan sólo cambiar de jefe y no de programa. Por último su viaje á Europa, especie de destierro disfrazado con una comisión oficial, acabó con la poca influencia que en la opinión le quedaba.

En estas condiciones, ¿qué podía temer el señor Madero de la llegada del general Reyes?

CAPITULO X.

Movimiento revolucionario en la segunda quincena de Abril.

El asombroso incremento que obtuvo la revolución en la segunda quincena del mes de Abril, nos obliga á separar la relación de los sucesos del orden cronológico para describirlos por regiones, pues de lo contrario, nuestros mayores esfuerzos serían impotentes para evitar la confusión.

Región del Sur.—Los Estados de Oaxaca, Chiapas y Tabasco, estuvieron tranquilos, en esta época, en lo referente á conflictos de fuerza; pero la efervescencia política era muy viva, con especialidad en las poblaciones de importancia. Por lo que respecta á Chiapas se creyó inútil promover allí la revolución: era acaso la región única del país donde las autoridades no siguieron los patrones del caciquismo, y el pueblo no estaba quejoso de ellas (1). En Oaxaca hubo sus desórdenes, pero no se formaron partidas importantes de sediciosos. En Tabasco se alzó en armas un cabecilla, con pequeño contingente de revolucionarios, pero derrotado por el Coronel Nicolás Pizarro, en Tulipán, disolvió su gente. Con este encuentro y la llegada á San Juan Bautista, el 17 de Abril, del Capitán

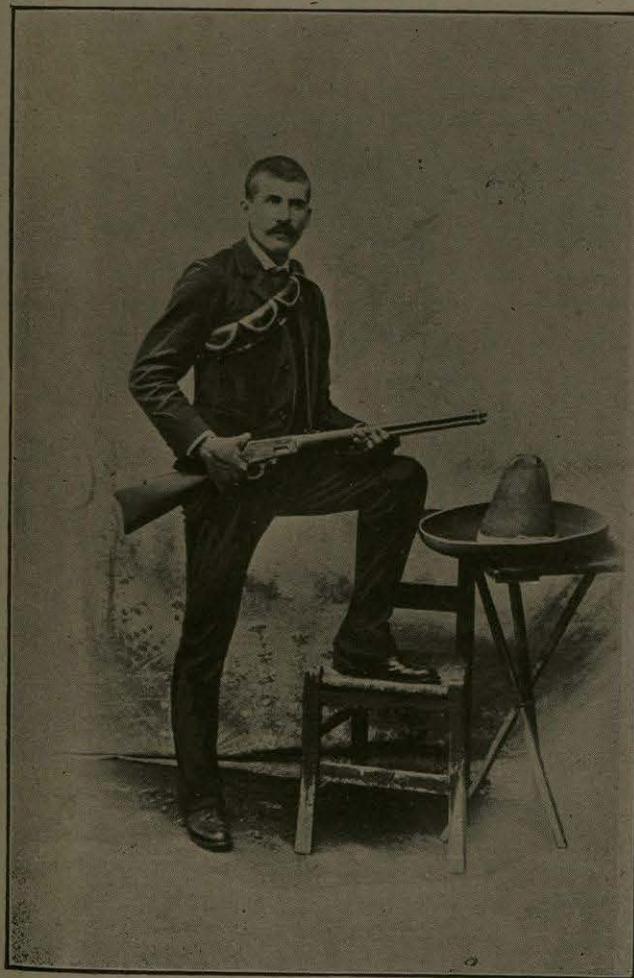
(1) Sin embargo, Tapachula cayó muy pronto en poder de una partida que por aquel rumbo se alzó en armas.

Noriega, y cien hombres del 24o. Batallón, quedó todo tranquilo por aquel rumbo. En la península de Yucatán los federales sufrieron una derrota el día 15, en el Estado de aquel nombre: el cabecilla Crespo triunfó en un encuentro con tropas del 25o. Batallón, tomó la villa de Temax y se corrió á amenazar á Peto.

Región del Centro.—En los Estados de Morelos y Guerrero pulularon las partidas de sediciosos en la segunda mitad de Abril, pero en el primero de aquéllos las operaciones no revistieron importancia, reduciéndose al saqueo de una hacienda cerca de Puente de Ixtla, cuyo dueño les era hostil y al asalto de algunos trenes que venían de Cuernavaca para México. Las principales fuerzas que operaron en Morelos fueron las del cabecilla Figueroa, que se extendieron por la vía férrea y puntos inmediatos. El ataque á los trenes tenía por objeto confiscar los valores oficiales que condujese el Express, fuera en efectivo ó armas, y combatir á las fuerzas federales que viajaran en aquéllos. En estos casos los pasajeros sufrían molestias y aun hubo entre ellos desgracias en algunas ocasiones, á consecuencia del fuego que se cruzaba entre los beligerantes.

Cuando los trenes no conducían tropas, los revolucionarios se concretaban á un minucioso registro y ellos mismos reparaban los desperfectos que hubieran causado en la vía para que el convoy siguiera á su destino. Obsérvese de paso cuánta era ya la pujanza de la revolución cuando sus partidarios acometían á los federales que viajaban, como quien dice, á las puertas de México.

En el Estado de Guerrero, colindante con los de Morelos y Puebla, hubo una gran actividad por parte de los maderistas. El día 15 entraron á Apipilulco cien rebeldes y amagaron á Iguala, cuya importante



General revolucionario D. Ambrosio Figueroa.

ciudad estaba defendida por el Mayor Ocaranza, que levantaba á toda prisa trincheras y otras fortificaciones: cuatro días más tarde, Xochihuehuetlan veía entrar por sus calles una numerosa partida que se componía de cerca de mil individuos, quienes apenas hallaron resistencia en la escasa fuerza de rurales que la custodiaba. Cuando se supo en Chilpancingo, capital del Estado, la caída de Xochihuehuetlán se enviaron tropas federales en su socorro, envió inútil, como de costumbre, pues cuando llegaron, ya los insurrectos, cumplido su objeto que no era otro en todos los casos análogos, que proveerse de armas, caballos, víveres, dinero y allegarse partidarios, la habían abandonado. Esta táctica fué general en la República y ella fué lo que debilitó completamente al gobierno, cuyas tropas se fatigaban en continuas marchas y contramarchas é iban mermándose por la deserción, sin cumplir ni realizar objetivo alguno.

El día veinte, tras un recio combate, se tomó Huamuxtitlán, población de importancia y populosa, y entraron, combatiendo también, á Ometepec, cuya plaza defendió el Jefe Político, muriendo en el combate; pero la recuperaron los federales pocos días después.

Mientras tanto, se iban reuniendo numerosas partidas de maderistas alrededor de la ciudad de Acapulco, cuyo importante puerto del Pacífico hallábase á fin de Abril en inminente riesgo de caer en manos de los revolucionarios. Por entonces salió de México para Chilpancingo el general don Victoriano Huerta, nombrado por el Secretario de Guerra, Jefe de las Armas en Guerrero, y de quien se esperaba que remediase la crítica situación de los federales.

Ninguno de los Estados del Centro se libró de ver cruzado el suelo por las partidas de sediciosos. En Jalisco fué San Cristóbal de la Barranca la primera po-

blación asaltada y se esperaba á fin de mes atacar á Teocaltiche; igual suerte sufrieron las poblaciones de Chalma y Malinalco, del Estado de México, que fueron tomadas por 700 rebeldes; en San Luis Potosí, operaron en la hacienda de Vanegas, propiedad del Senador señor Arguinzonis; en Zacatecas el cabecilla Luis Moya, continuando sus éxitos, visitó triunfante á Jalpa, Calvillo y Tlaltenango, donde entró el 22 de Abril; en Guanajuato asaltaron el mineral La Cruz y algunas haciendas situadas entre Silao y León, pero allí sufrieron un descalabro que les infligió el Mayor Ignacio Septién, con fuerzas del 1o. Regimiento. En Veracruz tomaron á viva fuerza, el día 25, la población de Achotal y al día siguiente, la de Catemaco, y amenazaban á la floreciente ciudad de San Andrés Tuxtla. Ni aun el propio Distrito Federal se vió libre de revolucionarios, pues en Atzacapotzaleco, afueras de la ciudad de México, apareció una pequeña partida que pronto se perdió de vista, sin que causara perjuicio alguno; y al mismo tiempo hubo un conato de conspiración en el cuartel de Artillería, situado en Tacubaya, que fué descubierto á tiempo, teniendo el gusto el Gobierno de aumentar con cincuenta y dos más el crecido número de detenidos que llenaban las cárceles.

Tócanos ahora ocuparnos de Puebla. Acaso fuera este Estado el que mayor número de descontentos abrigaba en el país. La onerosísima cuanto prolongada administración del terrible general Mucio P. Martínez, que se distinguía por su tacto para nombrar autoridades secundarias de su propio fuste, tenía soliviantados los ánimos de aquellos infelices ciudadanos que sufrían el yugo, clamando continuamente por redención. Esto explica claramente, como en menos de dos meses las fuerzas del cabecilla Tapia pa-

saban de tres mil hombres y aumentaban todos los días; y como su compañero Zapata, en la misma zona, llegó á tener cerca de cuatro mil á sus órdenes.

Las operaciones de la segunda quincena de Abril empezaron con un gran triunfo de los revolucionarios que rechazaron y derrotaron á 200 rurales y algunas fuerzas del 1o. Regimiento de Artillería, en la población de Chiautla, siguieron con la toma de Izúcar de Matamoros, que conquistó Zapata con su gente y continuaron con la de Acatlán, Tlacotepec, Tecamachalco y otras poblaciones, que sucesivamente fueron cayendo en su poder. Las dos últimas nombradas fueron tomadas por el cabecilla (1) Ramón Ramos Recio, que sacó de Tecamachalco 300 voluntarios. ¡Tal era el espíritu de los pueblos!

Al saberse en México la derrota de los federales en Chiautla se envió con toda premura al coronel Aurelio Blanquet, con el 29o. Batallón, que acababa de regresar de Chihuahua, para que fuera á recobrar la plaza. Pero Blanquet encontró muchos obstáculos en su camino y tardó muchos días en llegar al teatro de los sucesos. Por fin el día 22 estaba próximo á Atlixco, y en un lugar llamado Tepeojuma, se encontró con las numerosas fuerzas de Zapata, perfectamente defendidas en la población. El coronel Blanquet comprendió que atacarlos allí era peligrosísimo y concibió una estratagema que le dió magníficos resultados. Ocultó cuidadosamente sus fuerzas y mandó que 300 dragones atacasen á los maderistas y luego simulasen una retirada, con objeto de atraerlos á

(1) Es impropio el calificativo de cabecillas. Cada uno de estos jefes tenía un rango militar acreditado con nombramiento firmado por el señor Madero; pero seguimos denominándolos así como voz entonces generalizada y para no incurrir en errores al nombrar los distintos grados porque fueron pasando en los ejércitos maderistas.

campo descubierto. Salió todo como el coronel esperaba: faltó Zapata de experiencia militar cayó en el lazo y salió del pueblo á perseguir á los que suponía derrotados. Entonces cayóle encima la tropa de Blanquet atacándole por el frente y por un flanco y no pudo sostener mucho tiempo el combate. Se retiró Zapata con su gente en desorden y Blanquet no creyó conveniente perseguirle. Este triunfo, sin embargo, costó caro á los federales, pues sufrieron muchas bajas; y en cuanto á Zapata, bien pronto reorganizó su partida y se dirigió á atacar á Tepeaca, que tomó sin gran resistencia.

Entre las tropas de Zapata, parece que había gentes de todas clases y algunas de muy poca ó ninguna moralidad, pues por los días á que venimos refiriéndonos, un jefe subalterno, (que no se pudo aclarar si se llamaba Mendoza ó Cortés), se destacó de la columna y fué á cometer horribles actos de bandidaje por las haciendas, asesinando cobardemente en la de Atencingo á seis empleados españoles, sin motivo alguno para ello (1).

Para terminar con las operaciones en el Estado de Puebla, diremos que en los últimos días de Abril se hallaba sitiada la ciudad de Tehuacán, donde poco antes había estado tomando aquellas aguas medicinales, el Vicepresidente de la República, señor Corral; y aunque intentó defenderla el brigadier don Juan B. Hernández, tuvo que rendirse en los primeros días de Mayo. Y como nota final, curiosa y significativa, diremos que por entonces desertó en la ciudad de Puebla un oficial de la policía montada, acompañado de un grupo de soldados, llevándose los caballos, doce carabinas y una buena cantidad de parque.

(1) Véase el capítulo XI.

Región del Norte.—La ciudad de Torreón, como todos sabemos, se encuentra situada al extremo SO. del Estado de Coahuila, en el cruce del Ferrocarril Internacional, que de Ciudad Porfirio Díaz, en la frontera del Norte, corre hasta Durango, y el Ferrocarril Central, que va de México á Ciudad Juárez en dicha frontera. Si á la importancia que le presta este centro de comunicaciones, unimos que á su vez lo es de una valiosa región aldonera, cuyos productos afluyen todos anualmente á Torreón para tomar las vías mercantiles correspondientes, nos explicaremos fácilmente su rápido desarrollo y su incremento incesante de población, que hoy alcanza veinte mil almas. A la vez resulta por su posición geográfica y por las condiciones mencionadas, un punto estratégico de primer orden para un caso de beligerancia, y no debe extrañarnos por lo tanto, que allí afluyeran, multitud de partidas revolucionarias al acecho de una ocasión propicia para apoderarse de tan importante plaza.

Triana, Moya, García, Ugalde, Castro, Pereira y otros jefes con sus fuerzas que en junto sumaban ya en el mes de Abril, mil quinientos hombres, operaban continuamente alrededor de Torreón, tomando y evacuando, según las contingencias de la guerra, los principales pueblos próximos á aquella plaza. Luis Moya se dirigió á la estación de Picardías, 40 kilómetros al Sur de Torreón, para cortar la vía del Central y aislarlo de México; el día 22 tomó á Mapimí y el 26 á Ciudad Lerdo, poblaciones del Estado de Durango, próximas á Torreón, pero situadas al Norte. De este modo, esta última ciudad quedó aislada del Central y sólo podía comunicarse por el Internacional.

Mientras tanto, Sixto Ugalde, el día 24 tomó con 600 hombres, á San Pedro de las Colonias, 60 kilóme-

tros al Este de las posiciones de Luis Moya, en cuya población se le unieron casi otros tantos maderistas como los que llevaba. Para tomar la plaza tuvo que sostener rudo combate con los defensores y este triunfo de Ugalde fué muy sonado entonces é hizo avanzar mucho la causa de la Revolución. Pero no se contentó este activo cabecilla con la ciudad de San Pedro y pronto cayó sobre Matamoros que tomó también, cortando así la única comunicación que á Torreón le quedaba, pues aquel pueblo está sobre la vía del Internacional aludido.

Mientras tanto, en el próximo Estado de Chihuahua, donde se hallaba el jefe supremo de la Revolución, se peleaba también en distintos puntos, especialmente en Ojinaga, que sitiaba de la Cruz Sánchez y que seguía defendiendo con tesón el general Luque. En la segunda quincena de Abril, que reseñamos, la situación de este general, se hizo muy crítica, porque mientras los revolucionarios estrechaban el asedio, á los defensores se les iban acabando las municiones, especialmente para la artillería, base principal de su resistencia. Al tener conocimiento el Jefe de las Armas de Chihuahua de los apuros en que se hallaba Luque, acordó socorrerlo con importantes refuerzos y al efecto, envió allá al Coronel Gordillo Escudero, con mil hombres de las tres armas. De su salida tuvo muy pronto noticia el jefe que sitiaba á Ojinaga, por el servicio de espías y correos que la revolución había montado de un modo admirable, y comprendiendo el peligro en que había de verse si se dejaba sorprender entre dos fuegos, delante de la plaza, acordó estorbar la llegada de aquellos refuerzos, destacando una partida para que los batiese en el camino. Esta partida se encontró con Gordillo Escudero en el pueblo llamado 25 de Marzo, antes Cuchillo

Parado, y no obstante notar la superioridad numérica del enemigo, le presentó batalla que fué eruenta y duró muchas horas, con resultado incierto, pues si bien los rebeldes se retiraron fué para parapetarse más adelante en un lugar llamado El Mulato.

En el combate de este punto el Coronel Gordillo logró pasar á la retaguardia del enemigo y ya pudo avanzar hacia Ojinaga, adonde llegó en los primeros días del siguiente mes.

Siguiendo la frontera al NO. de Ojinaga, ó lo que es lo mismo, la orilla del Río Bravo, se llega á Ciudad Juárez, que estaba llamada á tener la gloria de que en ella se diese fin á la tan popular revolución, pero á fines de Abril aun no se hallaba sitiada, si bien numerosas partidas de rebeldes, y el ya nombrado general Pascual Orozco, no se hallaban lejos de sus puertas. El propio campamento y cuartel general del señor Madero, no distaba apenas veinte kilómetros, pero en esta región del Estado de Chihuahua, que, por otra parte, hallábase en poder de los rebeldes, las operaciones militares estaban suspendidas á consecuencia de los armisticios tratados con el gobierno de los que nos ocupamos en otro lugar.

No sucedía lo mismo en el Estado de Sonora, que por hallarse fuera de la zona del armisticio fué teatro de grandes combates y mucha agitación revolucionaria en la segunda mitad de este mes. Las principales plazas fronterizas de este Estado, son Nogales y Agua Prieta; la primera, cabecera del ferrocarril que va á Hemosillo y Guaymas, y la segunda del ferrocarril de Nacozeni. Agua Prieta, como ya sabemos, se hallaba en poder de los revolucionarios, desde el día 13 del mes, pero el día 17 la atacó el Coronel Reinaldo Díaz, con fuerzas del 28o. Batallón, venido de Hermosillo con tal objeto, y á marchas forzadas. Defendían la

plaza los cabecillas Arturo López y Juan Cabral, quienes levantaron al Sur de la población algunas ligeras fortificaciones. A las seis de la mañana de dicho día, la gente que mandaba el Coronel Díaz, rompió el fuego sobre las trincheras, sin poder desalojar de ellas al enemigo, no obstante durar aquel ataque toda la mañana. A medio día ordenó el coronel un ataque por el flanco derecho de las posiciones, sobre un punto al parecer abandonado por los rebeldes pero éstos acudieron prontamente al lugar del peligro y se defendieron tan briosamente que los federales viéronse obligados á replegarse en desórden. El día terminó, suspendiéndose el tiroteo sin que las tropas del gobierno obtuviesen ventaja alguna. Al día siguiente, antes de amanecer se reanudó el combate con mayores ímpetus, y haciendo esfuerzos heroicos los soldados federales, consiguieron obligar á los rebeldes á replegarse á la plaza abandonando sus trincheras. Desde aquel momento, podía asegurarse que el triunfo sería para el coronel Reinaldo Díaz, pues la población de Agua Prieta no permitía una buena defensa por constar toda de edificios bajos y carecer de artillería. Sin embargo, la lucha en las calles fué encarnizada y muchas de las balas de los federales salvaron la línea fronteriza y cayeron en la población inmediata americana llamada Douglas.

Los defensores de Agua Prieta la abandonaron retirándose por el lado de la frontera, de modo que los federales no pudieron hacer prisionero alguno.

A la vez que se combatía en Agua Prieta, los revolucionarios se incautaban de muchas poblaciones del Estado, algunas muy próximas á la capital la ciudad de Hermosillo: Ures, Nacozari y Arizpe entre ellas.

Pero donde verdaderamente el fuego de la revolu-

eión se había extendido prodigiosamente, era en el Estado de Sinaloa, que á excepción de Culiacán, podía decirse que todo él estaba dominado por los maderistas. Pueblos tan importantes como El Fuerte, Concordia y Pánuco, fueron tomados casi simultáneamente por las innumerables partidas que se levantaron en aquella región. En El Fuerte sostuvieron un rudo combate derrotando á los federales que huyeron rumbo á Sonora, no sin dejarles muchos soldados agregados por defección. La propia capital del Estado hallábase seriamente amenazada, lo mismo que el puerto de Mazatlán que en los últimos días del mes fué sitiado por tres mil insurrectos. En aquel rumbo, mandaba una partida el americano William Clayton, que tuvo un encuentro con el coronel Luis G. Morelos, siendo derrotado y muerto por las tropas de este jefe (1).

Los hermanos Conde y Tirado, dirigían el ataque sobre Mazatlán. Desde el día 17 venían tomando posiciones cada vez más próximas á esta ciudad, hasta que el día 29 dieron el primer envite, sin resultado, pues hubieron de retirarse á sus trincheras. El coronel José R. Moreno, defendía bien la plaza, ayudado por el cañonero Tampico, que se hallaba en aquel puerto. Sin embargo, veremos más adelante que no tardó en rendirse.

(1) Culiacán fué tomada por los maderistas el día 2 de Junio, después de 15 días de asedio y de un asalto, que duró cuatro. El coronel Morelos, que la defendió bizarramente, fué fusilado, después de un breve proceso, por los vencedores. El Gobernador señor Redo, quedó prisionero. La causa de estos castigos, fué que ni el coronel Morelos ni el Gobernador quisieron reconocer el tratado de Paz de Ciudad Juárez.